

tirse, pero no son éstos ni el lugar ni la ocasión) y pretende que cuando Santander, en una carta de su puño y letra del 13 de junio de 1836, achacó a Obando el asesinato de Sucre, hablaba “irónicamente”. Su palabra vaya alante, pero el asunto no se puede despachar como una supuesta “ironía” de Santander, quien por cierto no se distinguía por su sentido del humor. ¿También fueron “irónicas” las acusaciones de Bolívar en 1830 y las de los cómplices de Obando, ejecutores materiales del crimen, José Erazo y Apolinar Morillo? Erazo presentó, en 1839, documentos de Obando y sus adláteres, en los cuales se le encomendaba ayudar a Morillo a cometer el asesinato. Morillo acusó solemnemente a Obando, por escrito, de haberle ordenado dar muerte a Sucre. ¿Ironías al borde del sepulcro? No hay tal “ironía” de Santander: él aseguró por escrito que Obando era el culpable del crimen, lo mismo que en distintas ocasiones afirmaron Bolívar, Erazo y Morillo. Hasta el Nuncio Papal, en Bogotá, se lo había escrito a sus superiores del Vaticano en 1839.

CON EL LIBRO ENTRE LAS MANOS*

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

En verdad son algunos los cuentos de lectores que vienen a nuestra mente al tomar la palabra desde esta tribuna. De allí que podamos partir de aquel momento cuando Sherezade, la primera y mayor de los cuentacuentos, salvó a las mujeres del reino árabe en donde vivían seduciendo, con el poder de su palabra y de su encanto, al rey persa Shariyar.¹ Con aquellas historias que la inefable y bella muchacha sacaba de su imaginación, logró prestar una ayuda. Hay quien ha pensado que la vocación de servicio de las mujeres vio la luz la noche del primer día en que Sherezade narró su primera historia, la cual concluyó en algún amanecer del año ochocientos de nuestra era.² De este cuento y de los otros mil que brotaron de su talento e intuición, surgió *Las mil y una noches*, famoso libro que fue conocido en Occidente a partir de su primera traducción, publicada en 1717.

También el arte de la conversación dio nacimiento a uno de los libros más hermosos que nos legó el medioevo. Tal volumen surgió cuando diez jóvenes debieron huir de una epidemia de peste que asoló a Florencia en 1348. Durante varios días, en un lugar cercano a esta urbe, se distrajerón contándose, unos a

* Conferencia dictada en el Museo del Teclado, Caracas, al mediodía del 16 de abril de 1989.

1. *Antología de Las mil y una noches*. Bogotá: La Oveja Negra, 1983.
2. IRMA DE SOLA, RICARDO: *Las mujeres tenemos vocación de servicio*. Caracas: Italgráfica, 1973, p. 5-8.

otros, las historias con las cuales Giovanni Bocaccio (1313?-1375) formó el *Decamerón*.³

También de la Edad Media nos viene una vieja sentencia. Nosotros la escuchamos desde niños. Un juicio que no es propiamente medieval porque tiene que ver con aquellos que extraemos de los libros: un pensamiento comprensivo, tolerante. Lo más lejano al fanatismo. Aquella máxima es "Temo al hombre de un solo libro", pues el hombre de una sola obra, que toma su visión del mundo de lo que le dice un solo volumen, es, sencillamente, un intolerante.⁴ Esta frase es atribuida a Santo Tomás de Aquino (1224?-1274), el autor de la *Suma Teológica*, escrita a partir de 1268. La *Suma*... es tan significativa en la historia de la cultura de occidente, en la idea occidental del mundo, que el maestro José Gaos (1900-1969) recordaba, en uno de sus libros, que la Edad Media se podía estudiar a través de tres documentos. Dos de ellos fueron impresos, la *Divina Comedia* de Dante Alighieri (1265-1321) y la *Suma*... de Santo Tomás de Aquino.⁵ El tercero es un documento visual: la Catedral de Chartes, la bella iglesia gótica, situada en una ciudad cercana a París. Tanto como el poema de Dante, certero como el escrito del sabio teólogo, es el libro abierto de esta Catedral gótica. Pues bien, de esta Edad Media —tan discutida por algunos, tan negada por otros, tan alabada por los que añoran un mundo regido por Dios, tan diestramente interpretada por humanistas como Johann Huizinga (1878-1945), es ese tiempo que nos legó el sabio principio de "temo al hombre de un solo libro".⁶ Sin saberlo, sin practicarlo, no podemos incursionar a través de las anécdotas de hombres y mujeres, quienes tuvieron en sus manos libros, tomos y volúmenes que vamos a evocar durante esta mañana.

Tampoco podemos dejar de considerar aquí cómo el alba de los tiempos modernos estuvo relacionada con el libro. No ya el manuscrito, el que copiaron silenciosamente los frailes de los monasterios medievales, como lo podemos ver en *El nombre de la rosa* de Umberto Eco.⁷ Monjes que con su trabajo salvaron el saber. Fue gracias a ellos que nuestra cultura se salvó por un pelo, como dice Kenneth Clark.⁸ Gracias a ellos somos lo que somos. Y lo que es más importante: sabemos qué es lo que somos.

Por ello el amanecer de los tiempos modernos estuvo ligado al libro. Al impreso. Esta fue la obra de Johannes Guttenberg (1397-1468) quien, al crear la imprenta de caracteres móviles, al lograr imprimir entre 1450 y 1455 su famosa *Biblia de 42 líneas*, permitió que lo que era patrimonio de una élite, llegara a

3. GIOVANNI BOCCACCIO: *El Decamerón*. Madrid: Alianza Editorial, 1987, t. I, pp. 15-33.

4. MANUEL CABALLERO: *El orgullo de leer*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1988, p. 215.

5. JOSÉ GAOS: *Historia de nuestra idea del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 15.

6. JOHANN HUIZINGA: *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Ed. de la Revista de Occidente, 1967.

7. HUMBERTO ECO: *El nombre de la rosa*. Barcelona: Ed. Lumen, 1982.

8. KENNETH CLARK: *Civilización*. Madrid: Alianza Editorial, 1979, t. I, pp. 21-62.

muchas manos.⁹ El mundo moderno de alguna forma pudo moldearse en las manos de este artesano en los mismos años en que el mundo medieval llegaba a su fin. Mientras Guttenberg laboraba en su taller editando su *Biblia* —uno de cuyos pocos ejemplares existentes puede verse en el hall de la Biblioteca del Congreso en Washington— el mundo antiguo fenecía. El 29 de mayo de 1453 caía Constantinopla, se hundía el imperio bizantino, se iniciaba el dominio turco en aquél paraje. Treinta y seis años después de terminado el trabajo de Guttenberg y sus ayudantes, Antonio Nebrija (1441-1522), imprimía la primera *Gramática de la Lengua Española* (1492) que iba a permitir fijar colectivamente nuestro idioma. A los treinta y siete años de impresa la *Biblia* de Guttenberg, al año siguiente de la aparición de la *Gramática* de Nebrija, un converso genovés, hijo de una familia que hundía sus raíces en el judaísmo, Cristóbal Colón (1451-1506), descubría a América el 12 de octubre de 1492.¹⁰ Aquel día ya el Renacimiento había tomado carta de ciudadanía. Un tiempo nuevo se inició aquel amanecer. En él, dentro de él, la imprenta jugaría un papel decisivo. Igual cosa harían los libros impresos. Es por ello que América no se llamó Colombia o Colombeia —como lo hubiera deseado nuestro Francisco de Miranda (1750-1816)— sino América, por Américo Vespucio (1454-1512), el hombre que divulgó la buena nueva del descubrimiento entre los científicos de su tiempo”.¹¹

Los libros producen tales consecuencias en quienes los leen que hubo un lector, llamado Alonso Quijano, a quienes todos conocemos con el mote de “don Quijote”, cuyo amor por los de caballería fue tal que un día salió de su casa a emularlos, a vivir como vivían sus héroes favoritos, los protagonistas de estas novelas que una y otra vez leía, incluso dejando de dormir. De la santa y sabia necedad de don Alonso sacó Miguel de Cervantes (1547-1616) el *Quijote*.¹²

Quienes leemos, quienes tenemos fervor por la lectura, lo hacemos porque, junto a nosotros siempre ha habido personas que lo han hecho.

El placer de la lectura no se contagia de otra forma. Y cuando quedamos seducidos por los libros comenzamos a leer cuantos caen en nuestras manos en las horas de solaz. O repasabamos, una y otra vez, aquellos que nos han ayudado a saber aquello que sirve para nuestra diaria faena. Pero desde aquel momento, casi siempre lejano, situado en nuestra niñez, la “magia de los libros”, que dice el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa,¹³ se ha apropiado de nosotros. Ya no podremos dejarlos. Ni siquiera por más cansados que estemos. El “azar inmóvil”, como alguien ha denominado al libro, será siempre nuestro compañero. Todo lo

9. AGUSTÍN MILLARES CARLO: *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971, pp. 93-97.

10. SALVADOR DE MADARIAGA: *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1956.

11. GERMÁN ARCINIEGAS: *Américo y el Nuevo Mundo*. México: Ed. Hermes, 1956, pp. 323-341 y GUILLERMO MORÓN: *Historia contemporánea de América Latina*. Caracas: Ed. Equinoccio, 1975, pp. 20-25.

12. MIGUEL DE CERVANTES: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición y notas de Martín Riquer. Barcelona: Ed. Planeta, 1981.

13. LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA: *La magia de los libros*. Caracas: Ed. Revista Política, 1968.

que encontremos en la "casa de la palabra", como definió el libro don Mario Briceño Iragorry (1897-1958), será decisivo para nuestra vida. Desde ese momento tendremos como nuestro peor enemigo al hombre de un solo libro. Nos sentiremos cercanos a aquellos que leen muchas obras, añoraremos, como dijo a don Andrés Bello (1781-1865) su gran amigo el erudito español Bartolomé Gallardo (1776-1852), "Los Magos nos envíen una estrella que nos lleve, aunque sea al Portal de Belén, con tal que allí encontremos libros y libertad".¹⁴ En verdad libros y libertad forman una unidad espiritual. Es imposible seguirlos atezados por el fanatismo, por las ideas fijas, por los prejuicios.

Es por ello también que no hay sitio de mayor emancipación que una librería o una biblioteca. La primera fue siempre, desde la antigüedad clásica, desde los días en que desde Atenas, y más tarde desde Roma, nos comunicaron normas vitales. Desde épocas tan lejanas siempre existieron librerías. Fueron lugar de ventas de manuscritos —hasta la invención de la imprenta— o de libros. Pero fueron también, sitio de encuentro de aquellos que leen. Igual ha sucedido en la biblioteca. En las públicas en donde nos reunimos a leer. Y muchas veces compartimos las noticias que vamos encontrando en los libros, con las que van hallando aquellos que están sentados a nuestro lado. Igual sucede cuando nos encontramos en una biblioteca privada. En aquellos sitios en los cuales sus dueños han reunido los libros que más han amado, aquellos que les han servido, si son escritores, para preparar otros.

Hay, por ello, muchas historias de lectores. Quizá tantas como lectores hay. Una de ellas es la que nos ha llegado del gran escritor inglés Oscar Wilde (1854-1900). Una tarde uno de sus amigos lo visitaba en su estudio londinense. De pronto se dio cuenta de que, delante de la mesa de trabajo del gran esteta, había montones de libros colocados en el suelo. El amigo preguntó, entonces a Wilde, el por qué de ello. Este a su vez le contestó, "Es verdad lo que dices. No estarían allí si prestaran también las estanterías". En verdad todos aquellos eran libros prestados. Se cumplía aquel decir hispano, "libro prestado, perdido o estropeado".

Hay, claro está, algunas historias de los venezolanos y sus libros que podemos evocar aquí. En algunas de ellas se cumple el deseo del poeta Pedro Sotillo (1902-1977), de revivir "con un grupo de amigos... la vieja camaradería de los libros".¹⁵ En otras podemos ver las relaciones de algunos hombres con sus libros. En otras encontraremos a un hombre de letras, como podría ser el caso del historiador Tomás Polanco Alcántara, evocando su relación con ellos.¹⁶

Una de las primeras personas que podemos nombrar sobre este tema es al Precursor Miranda (1750-1816). Fue don Francisco un gran curioso intelectual. En sus muchos viajes logró acopiar numerosos volúmenes. Con estos y con los

14. PEDRO GRASES: "Libros y Libertad" en: *Obras*. Barcelona: Ed. Seix Barral, 1983, t. XIV, p. 473.

15. JOSÉ ÁNGEL RODRÍGUEZ: *Pampero, una tradición, una industria*. Caracas: Fundación Pampero, 1989, p. 119.

16. TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA: *El mágico encanto de los libros*. Caracas: Italgráfica, 1987.

que compró a los librerías parisinos y británicos, logró reunir una de las bibliotecas más completas que algún hombre de la Ilustración haya logrado acopiar.¹⁷ Todos estos libros los organizó en su casa londinense de Grafton Street. Tal era su amor por la lectura que en una anotación de su *Diario*, correspondiente al 18 de mayo de 1788, dejó consignado, “me he quedado en casa leyendo con gusto y provecho. ¡Oh libros de mi vida, qué recurso inagotable para alivio del alma humana!”¹⁸

Lo que contenían las estanterías de don Francisco dejó deslumbrado a un joven escritor venezolano, quien llegó a Londres en una misión diplomática, durante el verano de 1810. Aquel hombre no había visto nunca reunida, junta, tal suma de saber. En su Caracas natal no existía ni siquiera una biblioteca pública como aquélla.¹⁹ De allí su deslumbramiento. De allí que, a partir de algunos ejemplares que encontró en aquellos estantes, en la sala del primer piso de aquella mansión, haya iniciado diversos trabajos de investigación. Uno de ellos fue el que realizó sobre el poema del *Mío Cid*. Nos referimos, claro está, a don Andrés Bello.²⁰

Bello logró conocer de tal manera lo que allí había que más de una vez fue en compañía de hombres cultos a mostrárselos. Tal como cuando se acercó a la casa de Miranda junto a Bartolomé José Gallardo, a quien la compañera del Precursor obsequió uno de los libros que allí estaban.²¹ O cuando volvió, durante el verano de 1816, junto con el doctor José María Vargas (1786-1854). Le mostró entonces todo lo que allí se encontraba. Es mucho lo que incita a pensar este encuentro. Cuáles serían los comentarios que tejieron los dos sabios, el humanista y el científico, en torno a lo que allí veían, lo allí reunido, precisamente el mismo verano durante el cual su dueño murió en La Carraca.

-
17. Ver los Catálogos de su biblioteca en el volumen *Los libros de Miranda*, 2a. ed. Estudio bibliográfico de Pedro Grases. Prólogo: Arturo Usler-Pietri. Caracas: La Casa de Bello, 1979.
 18. FRANCISCO DE MIRANDA: *Archivo del General Miranda*. Caracas: Ed. Sur América, 1929, t. III, p. 278.
 19. Nos referimos a aquellas a que tuvieran acceso todas las personas de la ciudad. De este tipo no existía ninguna. Tal era su necesidad que el prócer Juan Germán Roscio (1763-1821) pidió, a través de una hoja suelta, impresa en 1810, el mismo año de la declaración de nuestra independencia, el mismo en que Bello viajó a Londres, la constitución de una Biblioteca Pública. Ver la petición de Roscio “Pensamiento sobre una biblioteca pública en Caracas” inserto en: PEDRO GRASES: *Testimonios culturales*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1966, pp. 15-16. En esos tiempos las buenas colecciones bibliográficas pertenecían a las congregaciones religiosas o a la Universidad. Entre todas éstas la mejor biblioteca que existió en Caracas, durante todo el período colonial, fue la del Convento de San Francisco. Existieron también magníficas bibliotecas privadas. Sobre todos estos tópicos consultar: IDEFONSO LEAL: *Libros y bibliotecas en Venezuela Colonial*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1978. 2 vols.
 20. Sobre sus trabajos acerca del Poema de *Mío Cid*, la mayor de sus investigaciones literarias, consultar PEDRO GRASES: “Andrés Bello, el poema del Mío Cid y otros estudios de literatura medieval” en: *Obras*, t. XVII, pp. 15-118.
 21. PEDRO GRASES: “Bello, Gallardo y un libro de la biblioteca de Miranda” en: *Obras*, t. II, pp. 113-117.

También Simón Bolívar (1783-1830) fue un gran lector, un devorador de libros. A donde fue se hizo acompañar de libros. Durante sus campañas militares siempre llevó junto a sí una biblioteca itinerante que se movía hacia donde él se dirigiera. En los lugares a donde le seguían sus tropas, en sencillas casas, en palacios o en campo abierto, el Libertador pasaba muchas horas metido en su hamaca —que también le acompañó siempre— dedicado a la lectura. Y más tarde comentaba lo que leía con aquellos que le acompañaban. Ningún testimonio de lo que decimos es tan útil al respecto como el *Diario de Bucaramanga* en donde un miembro de su séquito, Luis Perú de Lacroix (1780-1837), tomó nota de todas las observaciones que, sobre los libros que estaba leyendo, hacía Bolívar cuando se sentaba a la mesa o conversaba con ellos.²² Por ello el Libertador, hombre de libros, cuidó tanto los suyos. Por ello algunos los obsequió a amigos de todo su afecto. Tanto los quiso que en una de las cláusulas de su testamento dispuso que dos libros suyos, que habían pertenecido a Napoleón Bonaparte (1769-1821), y que el poseía, por regalo de su amigo Sir Robert Wilson, pasaran a la Biblioteca de la Universidad de Caracas.²³

Tal fue su fascinación por los libros que, aun en los días postreros de su existencia, dejó constancia de ello. Tal lo que acaeció el día en que, muy enfermo, llegó a San Pedro Alejandrino, la casa de Joaquín de Mier en donde falleció. Al entrar, pasó a la sala. Y al ver que había una estantería llena de libros se acercó para ver los que allí estaban. Al darse cuenta de ello don Joaquín se excusó de los pocos libros buenos que habían en su casa. A lo cual replicó Bolívar que se equivocaba su anfitrión pues en aquel escaparate veía dos que le bastaban: “el *Gil Blas*, la vida como es, y el *Quijote*, la vida como deber ser”.²⁴

Lectores ha habido que han pedido públicamente se les devuelvan los libros que han desaparecido de su casa. Tal el Licenciado Cristóbal Mendoza (1772-1829), hijo del jurista del mismo apellido, quien fue el primer presidente de Venezuela, abuelo a su vez del historiador contemporáneo Cristóbal L. Mendoza (1886-1979). El Licenciado Mendoza era profesor de la Universidad de Caracas. Un día hizo insertar, en la *Gaceta de Venezuela*, un aviso en el cual pedía a la persona que se había llevado de su casa varios tomos de su *Enciclopedia Británica*, que se los devolviera.²⁵ Igual cosa hizo, hace pocos años, el poeta Juan Liscano al pedir a sus amigos, a través de un aviso publicado en *El Nacional*, que le regresaran los libros que les había prestado.

Es también numeroso lo que se puede relatar en torno a aquellos quienes han logrado acopiar copiosas bibliotecas. Tal la que en Caracas reunió el farmacéuta

22. LUIS PERÚ DE LACROIX: *Diario de Bucaramanga*. Caracas: Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar, 1982.

23. SIMÓN BOLÍVAR: *Escritos del Libertador*. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1967, t. III, Vol. II, p. 28, cláusula número 7.

24. MANUEL PÉREZ VILA: *La formación intelectual del Libertador*. Caracas: Ministerio de Educación, 1971, p. 121; MANUEL SEGUNDO SÁNCHEZ: “Bolívar y los libros” en: JOSÉ PEREYRA CLAURE: *Antología enciclopédica bolivariana*. Caracas: Librería Editorial Salesiana, 1989, p. 71.

25. Ver *Gaceta de Venezuela*, Caracas: Abril 16, 1836.

y anticuario, doctor Víctor Manuel Ovalles (1864-1955). Era tan grande aquella masa de libros que llenaban toda una casa situada en La Pastora. Ovalles no sólo logró reunir un conjunto importante. También logró salvar testimonios de primera importancia de nuestra bibliografía, libros que, si no hubiera sido por él, no hubieran llegado hasta nosotros. Tal su ejemplar del primer libro editado en Venezuela, del cual se conocen tres en el mundo, uno de los cuales fue el que poseyó el doctor Ovalles. Tal podría ser el caso de la *Autobiografía* de Braulio Fernández, la cual nos permite comprender el lado humano de la guerra emancipadora. Tal era la masa de papeles que el doctor Ovalles legó a sus descendientes. Estos, sus nietos Caupolicán y Lautaro Ovalles, llevaron un día —a que la conociera— al gran poeta Pablo Neruda (1904-1973). Neruda también fue a lo largo de su vida, bibliófilo apasionado. Al ver aquello, Neruda bautizó la biblioteca Ovalles como “la gran papelería del mundo”.²⁶

Las muchas noticias que podrían reunirse en torno a aquellos que gustan de leer. Estas se han juntado para complacer la estimulante invitación que hoy nos ha hecho Isabel de los Ríos a través de Mercedes Blanco. Al aceptar la invitación que ambas nos hicieron, le concedieron gratos momentos a este conversador pues le obligaron a hablar en torno a lo que ha sido la pasión de su vida: aquello que nos dicen los libros.

Y es por ello que, para cerrar este palique, nos gustaría leer una bella página del escritor Stefan Zweig (1881-1942), sobre el asunto que nos ha hecho reunir durante esta soleada mañana de domingo: “Aquí están resignados y callados. No instan, no llaman, no piden. En su estante están, y esperan, silenciosos. Una somnolencia parece envolverlos, y, sin embargo, de cada uno de ellos mira un hombre como un ojo abierto. Al acariciarlos con su vista, con las manos, no nos llaman suplicando, no se dan importancia. No piden. Están esperando que nos entreguemos a ellos; solamente entonces se ofrecen. Primero, tranquilidad alrededor de nosotros, tranquilidad en nosotros, luego estamos dispuestos para ellos: una noche, al regreso del camino fatigoso; un mediodía, cansados de los hombres; una mañana nublada que se abre entre sueños visionaros. Deseamos platicar con alguien y sin embargo estar solos. Deseamos soñar, pero con música. Con el gusto epicúreo anticipado de la dulce prueba, nos acercamos a la biblioteca: cien ojos, cien nombres, clavan la vista en nuestra mirada escudriñadora, silenciosos, pacientes, como las esclavas de un serrallo en su dueño, esperando con devoción la llamada y felices de ser elegidos, de ser gozados. Y de hallar luego, como cuando el dedo pasa tanteando sobre las teclas del piano, el sonido exacto de la melodía interior: flexible se sujeta a la mano de este ser blanco, taciturno, este violín silencioso del que emanan todas las voces de Dios. Lo abrimos, leemos un renglón, un verso, pero no suena en consonancia con la hora. Desilucionados, casi sin delicadeza, lo devolvemos a su sitio. Hasta que encontramos el presentido, el propio, el justo en el mundo. Y de repente sentimos como un abrazo, el aliento se une a otro aliento, como si tuviéramos al lado el cuerpo cálido, desnudo, de una mujer. Y al acercar a la lámpara este libro finalmente escogido, se abrasa como

26. *La gran papelería del mundo*. Caracas: Asociación Pro Venezuela, 1974.

por un fuego interno. La magia ha obrado; fantasmagorías suben desde las suaves nubes del sueño. Calles y avenidas se abren de par en par, y extrañas lejanías recogen tu sentimiento que se va extinguiendo.

“Un reloj hace oír su tic-tac, no se sabe dónde. Pero no alcanza hasta este tiempo ya escapado a sí mismo. Aquí las horas se miden con otro compás. Tenemos aquí libros que transcurrieron muchos siglos antes de que sus palabras nacieran en nuestros labios; tenemos aquí libros jóvenes, nacidos solamente ayer, engendrados solamente ayer por la perturbación y el capricho de un niño imberbe: pero hablan una lengua mágica; tanto el uno como el otro elevan, meciendo y ondeando, nuestro aliento. Y emocionando, consuelan simultáneamente; seduciendo, apaciguan los sentidos abiertos. Y paulatinamente nos sumergimos, nosotros mismos, en ellos, siendo absorbidos por el reposo y la contemplación, por el sereno vuelo de sus melodías, por un mundo más allá de nuestro mundo.

“¡Qué horas más puras pasamos alejados del tumulto terrenal! ¡Libros, compañeros fieles, silenciosos: cómo agradeceremos vuestra perpetua compañía, el eterno aliento e infinito estímulo de vuestra presencia! En los lúgubres días de la soledad del alma; en hospitales y campamentos de guerra, en prisiones y en lechos de dolor; en todas partes, siempre despiertos, habéis procurado sueños al hombre y un poco de consuelo y serenidad en la inquietud y el martirio. Siempre, clementes imanes de Dios, habéis conseguido elevar el alma, cuando se hallaba sepultada en la banalidad, hasta su propio elemento; siempre, en nuestra noche, nos habéis abierto, en lejanía, el cielo interno.

“Pequeñísimos trozos de lo infinito, estáis instalados silenciosamente en el interior de nuestro hogar. Pero cuando os libera la mano, cuando vibra vuestro corazón, entonces rompéis invisiblemente vuestras cárceles triviales, y vuestra palabra nos eleva, como en un vehículo fogoso, desde la nada a la eternidad”.²⁷

EL ESTUDIO DE LAS POBLACIONES HISTORICAS EN VENEZUELA

Por R. V. CHACÓN VARGAS*

Para estudiar las poblaciones en el pasado se requieren ciertos métodos y técnicas que pueden ser manejados por los historiadores, con relativa más facilidad que otros profesionales de las ciencias sociales. Una de las fuentes más importan-

27. STEFAN ZWEIG: “Agradecimiento a los libros” en: *La pasión creadora*. México: Ed. Diana, 1950, p. 181. El autor agradece a la Lic. Mirenchu Calvo que le haya hecho conocer esta significativa página del gran escritor austriaco. También don Alfonso El Sabio, dijo “Los libros son, entre mis consejeros, los que más me agradan pues ni el temor ni la esperanza les impide decirme lo que debo hacer”.

* Prof. de Historia y Ciencias Sociales, I.P.C.; Lic. en Historia, U.C.V.; Magister Scientiarum en Historia de las Américas, U.C.A.B.; profesor de Demografía Histórica y Técnicas de la Investigación Documental en la Universidad Central de Venezuela.